

de los más ilustres testigos de la sabiduría de este salvador de las almas, es este nuevo David de que he hablado (se refiere al monje Isaac, á quien con sus oraciones libró de una grande tentación), así como también nuestro bienaventurado abad, á cuyas instancias descendió en espíritu este ilustre personaje de las alturas de la montaña del Sinai, como un nuevo contemplador de la majestad divina, y vino á traernos las tablas escritas por el dedo de Dios (*su Escala santa*), que contienen los preceptos necesarios para nuestra santificación, interiormente por la práctica de obras santas, y exteriormente por una contemplación enteramente celestial. »

Los griegos celebran la fiesta de este Santo el 30 de marzo, en cuyo dia presumen que acaeció su muerte. Los latinos le conocieron más tarde á causa de las irrupciones que hicieron las Sarracenos en el Egipto, en la Arabia y en la Palestina. Mucho tiempo despues es cuando se ha puesto en el Martirologio romano, es decir, despues que el estudio de la lengua griega, más cultivada en Occidente, dió á conocer su preciosa obra, que le ha hecho tan célebre en la Iglesia latina como en la griega, colocándole entre los Padres de la Iglesia, y entre los más eminentes maestros de la vida espiritual.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN JUAN CLIMACO

La Escala santa de san Juan Climaco, de la cual vamos á sacar su doctrina espiritual, se compone de treinta grados, en cada uno de los cuales trata el objeto que se propone con mucha extensión, si bién á causa de la precisión de las palabras puede decirse que encierra varios pensamientos en cada una de ellas. Como se expresa, según hemos dicho, más bién por medio de máximas que de pensamientos encadenados, y como cada sentencia con-

tiene verdades muy instructivas, no podremos exponer más que algunas de ellas, teniendo que prescindir con pena de las demás. Preciso nos es, por lo tanto, reducirnos en lo posible, para no dar un volúmen en lugar de un análisis, bastando exponer algunas de las sentencias de cada grado.

Los tres primeros grados de la *Escala santa* se refieren á la renuncia del mundo, al despendimiento del corazón, al retiro interior y alejamiento de las criaturas, aún de aquellas que nos sean más queridas. En toda esta obra se refiere san Juan Climaco á los religiosos ; pero sus enseñanzas convienen á todo el mundo.

GRADO I

El retiro del mundo, dice en el primer grado, es un odio voluntario y un abandono de las cosas de la naturaleza, por el deseo de gozar los bienes que están sobre la naturaleza. Se puede llegar á él ó por la esperanza del reino celestial, ó por la pena que se tiene de su alejamiento, ó por el amor que se siente hacia Dios. Cuando no se experimenta ninguno de estos sentimientos, el retiro es indiscreto y temerario. Sin embargo, Dios es tan bueno, que no atiende mucho al fin que nosotros nos proponemos al entrar en la carrera, siempre que el término de ella sea el que Dios exige.

Al salir del Egipto del mundo, tenemos necesidad, como el pueblo judío, de un Moisés que nos guie, y que sea como un mediador entre Dios y nosotros. Así es que han sido engañados todos aquellos, que, confiando demasiado en sus propias fuerzas, no creían necesario que nadie los dirigiese.

Los que han abrazado este estado de santidad para llegar al cielo necesitan hacerse violencia, sobre todo al prin-

cipio de su retiro, hasta que el amor de los placeres, á que estaban acostumbrados, ceda, por la mortificación, al amor de Dios. Sepan que han de pasar por el fuego de las tentaciones y de las mortificaciones, si quieren que el fuego del cielo venga á abrasar sus corazones. Deben aplicarse con preferencia á tres cosas; á una inocente sencillez, que les asemeje á niños sin malicia ni doblez, á la sobriedad y á la caridad que es hija de ésta.

Aunque en el principio de nuestro retiro nos cueste la práctica de la virtud mucho trabajo, violencia y amargura; pero á medida que se van haciendo progresos, va desapareciendo toda repugnancia, y llega un día en que, estando los sentimientos terrenos como absorbidos por el celo del servicio de Dios, practicamos la virtud con gozo, con actividad fervorosa, con ardiente deseo y con trasportes de amor.

Así como merecen alabanza los que desde un principio cumplen sus deberes con celo, así también debe lamentarse la conducta de los que, habiendo abrazado hace mucho tiempo la vida solitaria, han adelantado poco en la virtud, y les cuesta mucho trabajo el practicarla.

Es preciso no condenar ni rechazar á las personas que se han retirado del mundo por accidentes extraordinarios é imprevistos: pues Jesucristo se sirve de ellos para atraer á muchos á su amor. Nadie debe pretextar la multitud de sus pecados para considerarse indigno de la profesión religiosa. Esto no sería más que una falsa humildad, y con frecuencia una excusa frívola para perseverar en los placeres de la vida y en la impenitencia.

Corramos, pues, con gozo meclado de temor á este noble combate contra los demonios, y no temamos á estos enemigos. Armémonos contra ellos con ánimo generoso: pues son débiles contra los que les resisten con corazón intrépido y magnánimo. Dios, que es infinitamente bueno,

dulcifica muchas veces á los recientemente convertidos los rudos asaltos de esta guerra, para que la violencia del primer choque no los desanime y les haga volver al mundo. Por el contrario, se observa con mucha frecuencia que, cuando Dios vé un alma esforzada y generosa, permite que desde un principio tenga que sostener muy rudos combates, que muy pronto recompensa con inefables dulzuras.

Consagrad, pues, vuestra juventud á Jesucristo por medio de la penitencia, y en vuestra vejez tendreis la satisfacción de haber vencido las tentaciones y habreis alcanzado la paz del alma. Lo que se ha recogido en la tierna edad, consuela y anima en la edad avanzada. Trabajemos con ardor mientras somos jóvenes: corramos con fortaleza y agilidad, porque es incierta la hora de la muerte.

GRADO II

No debe bastar al solitario el haber salido del mundo y el haberse retirado al desierto, sino que debe tener su corazón desprendido de todas las cosas de la tierra. A esto se refiere san Juan Clímaco en el segundo grado. Aquel, dice, que se halla animado de un amor verdadero á Dios y del deseo del cielo, el que tiene un verdadero dolor de sus pecados, el que se halla santamente movido del temor de la muerte y del infierno, no se apega á las cosas profanas, ni tiene cuidado que le ocupe, ni solicitud que le turbe por las riquezas, por los padres, por los amigos, por la gloria mundana, ni por cosa alguna de la tierra; pues ha rechazado todo vano afecto, y hasta odia su propia carne, por seguir á Jesucristo con un desprendimiento absoluto y un fervor incansable. ¿No sería vergonzoso para nosotros, que, despues de haber abandonado el mundo para seguir, no á un nombre, sino á Dios que nos ha llamado á su servicio,

nos hallemos agitados por los cuidados é inquietudes por unas cosas, que de nada nos han de servir en la hora de la muerte?

Los demonios, llenos de artificiosa malicia, nos llevan algunas veces á estimar como dichosos a los que hacen en el mundo limosnas y obras de caridad, y á considerarnos desgraciados, porque no podemos practicar las mismas obras; pero al inspirarnos estos pensamientos, no tienen otro designio que desanimarnos en nuestra soledad y ver la manera de arrastranos al siglo.

Si queremos correr con fervor por el camino de la vida religiosa, consideremos que Jesucristo ha colocado, con relacion á nosotros, en el número de los muertos, á los que viven en el mundo, cuando dice: *Dejad que los muertos entierren á los muertos.*

Hay algunos que, despues de haber castigado sus cuerpos con todo género de mortificaciones y penitencias, cuando vivian en el mundo, no practican las mismas austeridades cuando abrazan la vida religiosa. Este relajamiento procede de que, cuando vivian en el mundo, era su virtud como una planta regada con la ostentación y los aplansos, que la hacian crecer fácilmente; pero le falta, por decirlo así, este jugo, cuando es trasplantada al suelo árido y seco del desierto, en donde no se percibe el aura de las alabanzas humanas.

Guardémonos de creer que marchamos por el camino estrecho y difícil, siendo así que en realidad hemos emprendido el ancho y fácil. Se conoce que vamos por el estrecho, si somos sobrios en la comida y fieles en observar las vigiliass de la noche, en sufrir las humillaciones, los insultos y las afrentas sin murmurar y con paciencia: en llevar las injusticias y malos tratamientos con ánimo: en no manifestar cólera por lo malo que se diga de nosotros, y en humillarnos cuando se nos deprime ó condena.

¡ Bienaventurados los que marchan por este camino, porque de ellos es el reino de los cielos !

Hay que cumplir tres renunciass solemnes. Es la primera la que se hace de todas las cosas y personas; la segunda la de la propia voluntad, y la tercera la de la vana gloria, á la cual sigue la obediencia, cuando de ella se saca satisfacción y engreimiento: pues como dice Isaías, *será encorvada la arrogancia de los hombres, y será abatida la altivez de los varones.*

Cuando despues de habernos retirado del mundo, traten los demonios de enternecer nuestros corazones con el recuerdo de nuestros parientes, acudamos á las armas de la oración, y rechacemos semejantes tentaciones con el pensamiento de las penas eternas. Hay algunos que se forman la ilusión de no estar apegados á ninguna cosa, y sin embargo, sienten tristeza, cuando se les priva de ellas.

Los jóvenes que, despues de buscar con ardor los placeres del siglo, forman el designio de abrazar la vida religiosa, deben ejercitarse en la oración y en la mortificación, y abstenerse de toda delicadeza y de toda ofensa voluntaria, si no quieren volver á su primitivo estado: pues la religión es un puerto, en donde, á la vez que la salvación, puede encontrarse también el naufragio.

GRADO III

En el tercer grado, que se refiere á la peregrinación ó retiro del mundo, recomienda mucho san Juan Climaco al solitario que se despoje de todos los afectos, hasta de los naturales, sobre todo del de las personas que más se han estimado en el mundo, tales como nuestros amigos, nuestra patria y nuestros padres. No quiere esto decir, no lo permita Dios, que les tengamos aversión; sino solamente que su presencia y compañía no nos distraigan de

la unión con Dios. « Pues el religioso, dice, es verdaderamente un peregrino que, por lo mismo que habla una lengua que el mundo no entiende, y que no entiende la lengua que habla el mundo, se consagra interiormente al conocimiento de Dios y de sí propio. »

« Escojamos para retiro aquellos lugares desiertos, más despojados de todo consuelo humano, ménos expuestos á la vana gloria, ménos célebres y ménos conocidos de los hombres : de otro modo habremos salido del mundo ; pero llevaremos consigo nuestras propias pasiones. Ocultad el esplendor de vuestra familia, y no os glorieis ante los hombres de llevar un nombre ilustre, no sea que se considere que sois tanto más bajos que los demás por vuestras pasiones, cuanto más elevados estais por vuestras nombres.

La regla de nuestras costumbres, que con tanto trabajo hemos formado, puede perderse en un momento, y las conversaciones con los seculares pueden pervertirnos. Si despues de haber renunciado al mundo, procuramos nuevamente conversar con él, puede pervertirse nuestro corazón, y perderse. »

GRADO IV

Despues de estos tres primeros grados, habla san Juan Climaco de la virtud de la obediencia, y á las máximas que dá añade muchos ejemplos edificantes y muy apropiados para animar á los religiosos á la práctica de esta virtud, que es uno de los principales fundamentos de la vida religiosa, y que constituye la paz y la corona de las almas piadosas. Suprimiremos los ejemplos, porque hemos de hablar de ellos en otro lugar. Hé aquí algunas de sus sentencias sobre esta virtud.

La obediencia es la mortificación del cuerpo subsistente

en la vida del espíritu : es un simple movimiento, en cuya virtud obramos sin discernimiento : es una muerte voluntaria : es una vida exenta de toda curiosidad : es una seguridad en el peligro : es una excusa legítima para comparecer en la presencia de Dios : es un medio para librarnos del temor de la muerte : es una navegación sin peligro, es, por último, un viaje que se hace durmiendo. La obediencia da muerte á la propia voluntad, y resucita la humildad. El que haya hecho morir su alma con esta muerte santa, no tiene motivo para temer, cuando tenga que dar cuenta á Dios de sus acciones. Por último, la obediencia es una renuncia que se hace del propio discernimiento por una plenitud de discernimiento.

El principio de esta mortificación es una mezcla de penas y trabajos : el progreso en ella unas veces se hace con trabajo, y otras sin él : su fin es siempre tranquilo : pero si el hombre dichoso que la practica, y que puede muy bién llamarse un conjunto de vida y de muerte, sufre algún trabajo, es cuando se apercibe de que ha hecho alguna cosa según su propia voluntad, temiendo llevar una pesada carga, cual es la de ser responsable de su propio juicio.

El camino de la obediencia es el más corto, aunque el más laborioso. Sólomente hay en él una ruta por la cual podemos extraviarnos, y es la que se llama confianza en su propio juicio y en su propia voluntad.

Cuando queremos someter nuestra cerviz al yugo de Jesucristo y confiar á otro la dirección de nuestra alma, examinemos cuidadosamente las cualidades del que escojamos para guiarnos y conducirnos, no sea que, cayendo en manos de un marinero en lugar de un piloto, entremos en un mar agitado en lugar de un puerto seguro, y naufraguemos. Pero despues de encontrar este piadoso y sabio director, aún cuando encontremos en él algunas ligeras faltas, que no son de extrañar en todo hombre, no le juz-

guemos, y contestemos al demonio que querrá tentarnos con ellas: Retírate, mentiroso: yo no soy el que debo juzgar á mi padre espiritual, sino él á mí.

Si el superior no cesa de reprender al que se ha sometido á su autoridad, todo va bién; pero si se mantiene silencioso, no sé lo que debo decir. Cuando las reprensiones nos punzan y entristecen, pongamos á este dolor injusto, el dolor justísimo que debemos concebir de nuestros pecados; Bienaventurado el solitario que hace morir su propia voluntad, y se entrega incondicionalmente á la dirección del que Dios le ha designado por padre y maestro: pues merecerá ser colocado á la diestra de Jesucristo crucificado. El que rechaza toda corrección, justa ó injusta, renuncia á su propia salvación; pero el que la recibe humildemente, aunque con trabajo, no tardará en obtener el perdón de sus pecados.

El que descubre sus tentaciones á su padre espiritual, demuestra tener firme confianza en él; pero el que las tiene ocultas en su corazón, sigue un camino extraviado. El que en cualquier disputa quiere sostener su opinión, aunque sea verdadera, padece la enfermedad del orgullo. Si esta falta la comete con sus iguales, podrá ser curado por la corrección de los ancianos; pero si la comete con estos, ¿quién podrá corregirle? El que no es recatado en sus palabras no puede ser justo en sus acciones: trabaja en vano, y su obediencia es engañosa.

El que unas veces obedece á su padre espiritual, y otras le desobedece, se parece á aquel que unas veces cura sus ojos con agua de rosas, y otras con cal viva.

Cuando confesais vuestras faltas, hacedlo como un verdadero criminal. Tened la vista recogida hacia la tierra; regad, si es posible, con vuestras lágrimas los pies de vuestro juez y médico, cual si fuesen los del mismo Jesucristo: descubridle vuestros males y heridas, y decidle sin que os

contenga la vergueiiza: Padre mio, esta falta es exclusivamente mia, y no puedo atribuirla más que á mi relajación, á mi negligencia y á mi pereza. No nos admiremos de que, aún despues de nuestra confesión, nos encontremos combatidos por la tentación: pues es mucho mejor combatir la miseria del cuerpo que nos humilla, que la del espíritu que nos ensoberbece.

Procuremos guardar un profundo silencio en presencia de nuestro superior, y manifestarle que somos tan ignorantes como mudos. El hombre amigo del silencio es un verdadero sabio, y lleno á cada momento de una nueva luz. En una ocasión vi á un religioso que, mientras su superior le contaba una historia muy edificante, le interrumpia. Desde entónces nunca le vi sumiso, sino que en lugar de humillarse, de dia en dia se hacía más soberbio.

Cuando esteis reunidos con los religiosos, vigilad sobre vosotros mismos y guardaos de consideraros más justos que los demás. Sed fervorosos; pero no sólomente en vuestras palabras y modales, sino en lo más íntimo del espíritu. No sigais secretamente esos movimientos extraordinarios de fervor, si estais dispuestos á despreciar al prójimo, y si os sentis animados de este desprecio, haceos en todo semejantes á vuestros hermanos, no sea que por vuestra vanidad no os parezcáis á ellos.

No creais que somos pacientes sólo cuando sufrimos generosamente las humillantes reprensiones de nuestros superiores, sino cuando soportamos con la misma generosidad los desprecios de los demás. Recibid de todos vuestros hermanos este brevaje de la humillación, como un agua saludable que dá la vida: entónces es cuando florecerá una pureza perfecta en vuestros corazones, y la luz divina no se eclipsará en vuestras almas.

No aparenteis sin razón y extemporáneamente guardar un silencio que turba y ofende á vuestro prójimo: cuando

se os mande que os apresureis, no obreis ni marcheis lentamente : pues la prontitud de los demás chocará con vuestra negligencia. Cuando los tibios y perezosos creen que son laboriosas y difíciles las cosas que se les mandan, prefieren la oración á estos trabajos ; pero cuando se la ordenan cosas fáciles y agradables, huyen de la oración como del fuego.

Entre los que hacen profesión de obediencia, hay algunos que, conociendo la bondad y condescendencia de su superior, le piden algún empleo conforme á su propia voluntad ; pero por lo mismo que han obtenido lo que deseaban, han perdido la corona de la obediencia.

Los que viven en comunidad deben combatir á toda hora las pasiones, y sobre todo la intemperancia y la ira : porque allí en donde hay muchas personas, encuentran estas pasiones el alimento que necesitan para la corrupción que les es propia.

Nadie puede instruirnos mejor acerca de la utilidad de la obediencia, que los que la han abandonado : porque estos reconocen que habitaban en el cielo, y que han caído del estado de felicidad en que se hallaban. Hermanos míos, vosotros que recorreis esta carrera de la obediencia, deteneos un poco y oid lo que dice el Sabio : *Probólos como el oro en la hornilla; y recibiólos como ofrenda de holocausto, y á su tiempo se tendrá cuenta de ellos.*

GRADO V

San Juan Clímaco trata en este grado de la verdadera y sincera penitencia. Empieza exponiendo su naturaleza y cualidades. Habla despues de lo que vió en Egipto en el célebre monasterio de la Prisión, como hemos hecho notar en el capítulo anterior. Da las reglas de la verdadera peni-

tencia, y pone especial cuidado en inspirar confianza á los pecadores, y en recomendarles que no se desanimen.

La penitencia, dice, es un restablecimiento del bautismo, una promesa que se hace á Dios, en cuya virtud se obliga el penitente á variar enteramente de vida : es una renuncia del espíritu á las comodidades del cuerpo : un juicio que se pronuncia contra sí mismo : una confesión sincera de los pecados : una reconciliación, en fin, con Dios por la práctica de las buenas obras contrarias al pecado.

Cuando hemos caído en el todazal del vicio, no podríamos salir de él, si no nos arrojáramos en el abismo de la humildad y de la penitencia ; pero esta humildad es muy diferente de la condenación que pronuncia contra sí mismos la conciencia de los que pecan. Es también diferente de la rica y dichosa humildad que Dios inspira á las almas perfectas.

Cuando hemos caído en una falta, tenemos que combatir sobre todo al demonio de la tristeza, que, turbando nuestro espíritu, quiere destruir la eficacia y atención de la oración, por la cual acudimos á Dios. No nos admiremos, pues, de caer todos los dias en las mismas faltas : no dejemos por esto el camino del Señor ; antes por el contrario, perseveremos con vigor y fortaleza en su santo servicio, y el ángel de la guardia verá con complacencia vuestra paciencia y constancia. Cuando una llaga es reciente se hace fácil su curación : pero si se ha dejado envejecer por negligencia, se hace sumamente difícil curarla, y se necesita emplear mucho trabajo, mucho hierro y mucho fuego.

Antes de caer en el pecado, los demonios representan á Dios como muy misericordioso para con los hombres ; pero despues de la caída, hacen creer que es muy despiadado. No los escuchemos, pues, si hemos tenido la desgracia de caer en alguna grave falta, y nos hallamos inclinados á caer en otras : pues pretenderá hacernos creer que debíamos ha-